

pleno de desdicha y de belleza, como intentaba explicar Gabriel García Márquez a los amigos europeos:

Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malabaristas, todas las criaturas de aquella realidad desafortunada, tuvimos que pedir muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros fue la insuficiencia de recursos convencionales para hacer que nuestra vida fuese creíble. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Porque si estas dificultades nos entorpecen, a nosotros que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionalistas de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es incomprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos y que la búsqueda de una identidad propia es tan ardua y sangrienta como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a tornarnos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios.<sup>97</sup>

<sup>97</sup> García Márquez, Gabriel: *idem*.

*muchos paradigmas*

---

*Epistémica*

## II

### LAS MATRICES DEL PENSAMIENTO TEÓRICO-POLÍTICO

#### 1. CIENCIA, POLÍTICA Y CULTURA

La multiplicidad de corrientes teóricas, las disímiles fundamentaciones, líneas de interpretación y metodologías de análisis presentes en el campo de los estudios del hombre, evidencian la relatividad del conocimiento acerca de lo histórico y lo social. Con su sola presencia cuestionan la ciencia libre de valores y los postulados de objetividad y universalidad de sus afirmaciones. A su vez, estas características se vinculan con las dificultades de predicción de los procesos socio-históricos —más allá de la capacidad para señalar ciertas tendencias o probabilidades— evidenciando el carácter hipotético, controvertido y controvertible de las humanidades y las ciencias sociales. Sin duda, la modalidad esencialmente polémica manifestada por el desarrollo histórico del pensamiento social, se deriva de la íntima vertebración entre estas formulaciones teóricas y determinados proyectos político-culturales, como expresión de visiones del mundo que impregnan los más diversos aspectos del acontecer de las sociedades.

Afirmar que las grandes corrientes de las ciencias humanísticas y sociales están intrínsecamente vinculadas con proyectos históricos y políticos de vasto alcance, supone concebirlas como sistematizaciones conceptuales que influyen, fundamentan o explicitan tales proyectos y que, por lo tanto, están siempre preñadas de política aún cuando pretendan ser portadoras de una inapelable objetividad científica. Pero este reconocimiento de las profundas diferencias que exhibe el pensamiento político y social —incluyendo el concepto mismo de *sociedad*, es decir, el objeto de estudio por excelencia— no implica descalificar la utilidad de las herramientas teóricas y metodológicas. No niega la riqueza de las diversas líneas interpretativas ni las potencialidades de la recuperación crítica de ideas o valores que, a través de

mediaciones más o menos elaboradas, procuran un ordenamiento de los datos de la realidad y la fundamentación de grandes propuestas estratégicas.

Esta relación históricamente condicionada entre la producción teórica y los procesos políticos, obliga a definir el lugar, la perspectiva desde donde se interpretan los fenómenos sociales y problematiza la pretensión de aquellas posiciones que se autoatribuyen el patrimonio de la ciencia —con los criterios de autoridad que esto conlleva— considerando a las otras formas del pensamiento como políticas, ideológicas, valorativas o precientíficas. Es por ello que la premisa de la cual partimos busca establecer las connotaciones y propuestas explícita o implícitamente formuladas por los diferentes marcos conceptuales frente a los momentos históricos en los cuales emergen, se actualizan, se adaptan o enriquecen; de modo tal que la controversia teórica deja de ser un problema estrictamente académico y se engarza con los debates políticos sustantivos que signan el desarrollo histórico y social.

El tema de las influencias políticas en las ciencias humanísticas ha sido señalado, con los matices del caso, por autores pertenecientes a diversos enfoques dentro de este campo.

Con referencia a la historiografía, José Luis Romero afirma:

La historia social debe hacer el esfuerzo de llevar sus temas al campo de la más estricta objetividad. Este esfuerzo, por cierto, no es fácil... Las casi inevitables implicaciones de tipo ideológico que entrañan estos temas hacen el esfuerzo aún más difícil... Un capítulo fundamental es el de la conquista y la colonización durante los primeros siglos de la dominación hispanolusitana. Los problemas que allí se originaron con motivo de la impostación de un núcleo conquistador y colonizador sobre la masa aborigen derrotada recibieron distintas y sucesivas soluciones; pero ninguna de ellas acabó con aquéllos. Los problemas subsisten aún hoy, y si constituyen un tema histórico, constituyen también cuestiones de palpante actualidad... La cuestión del enfrentamiento entre los grupos blancos y los grupos de indígenas, negros, mestizos, etc., ha asumido caracteres de problema decisivo en distintas épocas y en diferentes países... ha condicionado el estudio de los problemas de la historia social, puesto que, en la medida en que son problemas vivos que han originado actos de poder, se insertan inevitablemente en el cuadro de la historia política y responden en sus planteos a las incitaciones de la política misma<sup>1</sup>.

Desde una visión diferente y con énfasis aún mayor, también Arturo Jauretche remarca el carácter esencialmente político de las interpretaciones históricas:

No es pues un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia, en que ésta es sólo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la Nación. Así, pues, de la necesidad de un pensamiento político nacional ha surgido la necesidad del revisionismo histórico. De tal manera el revisionismo se ve obligado a superar sus fines exclusivamente históricos, como correspondería si el problema fuera sólo de técnica e investigación, y apareja necesariamente consecuencias y finalidades políticas<sup>2</sup>.

La dificultosa decantación de las interpretaciones, la caracterización de los procesos y las figuras de la historia que se hace especialmente evidente en América Latina manifiesta esta vinculación entre los estudios historiográficos y las posiciones políticas. En tal medida, antes que el refinamiento alcanzado por las herramientas académicas, son los condicionamientos políticos del presente y las posibilidades de encontrar puntos de acuerdo, limar asperezas y habilitar espacios de verdadero diálogo, las que pueden facilitar una aproximación menos maniquea a la recuperación de la propia historia. Lo señalado para la historiografía es extensible al conjunto de las teorías y recursos conceptuales y metodológicos de las ciencias sociales, e invade asimismo el campo de la filosofía:

Las filosofías de la historia, en particular las que produjo el siglo XIX pueden ser consideradas como discursos políticos abiertamente intencionados, en los que se ha planteado como objeto señalar el camino que se debía recorrer, como asimismo los escollos que se debían evitar para que las potencias europeas pudieran cumplir con un destino al cual se sentían convocadas dentro del vasto proceso de dominación del globo iniciado con el Renacimiento. De este modo puede afirmarse que la filosofía de la historia acabó cons-

<sup>1</sup> Romero, José Luis: *Latinoamérica: situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Ediciones del Candil, 1987.

<sup>2</sup> Jauretche, Arturo: *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, Colección La Siringa, 1959.

tituyéndose, en una de sus líneas de desarrollo, sin duda la de mayor volumen, en un modo de "filosofía imperial" que se ocupó tanto de los eventuales motivos de decadencia que había que evitar, como de las formas mediante las cuales la humanidad europea y dentro de ella una burguesía ya segura de sí misma, había de asumir de modo definitivo el destino de toda humanidad posible<sup>3</sup>.

Y si, como señala Rodolfo Agoglia, "nuestro siglo hace filosofía desde las ciencias humanas e históricas"<sup>4</sup>, es posible concluir que todas ellas —la filosofía, las ciencias sociales, la historia— se vertebran en marcos más amplios, en concepciones culturales y modos de percibir el mundo que les otorgan sus significaciones esenciales al margen de la especificidad y las características de cada una de sus áreas de estudio. Como contracara, esta afirmación considera que es posible recuperar, sistematizar y reelaborar en términos de rigurosidad teórica, el pensamiento popular latinoamericano que históricamente se ha manifestado bajo la forma del discurso político o como expresiones discursivas no académicas<sup>5</sup>.

La íntima conexión existente entre ciencias humanas y política, entre las vertientes académicas y los proyectos que se despliegan en mutua confrontación, comienza a evidenciarse asimismo en el debate político y cultural europeo procesado en el contexto de la actual crisis de época y de las profundas reformulaciones en los planteos históricos de los países centrales del Este y del Oeste:

Las crisis... deshicieron las seguridades tan laboriosamente conquistadas... Paralelamente a las múltiples dudas que socavarían todos los rincones de la práctica, desde hace varias décadas experiencias de las más variadas erosionarían, progresiva e implacablemente, a su vez, las nociones epistemológicas más preciadas heredadas del siglo pasado —cuna del proyecto científico moderno— entre las cuales descollarían las de objetividad, neutralidad valorativa, causalidad lineal, verdad transhistórica, etc. Si aquí importa echar alguna luz sobre la crisis epistemológica, es porque

<sup>3</sup> Roig, Arturo Andrés: *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1981.

<sup>4</sup> Agoglia, Rodolfo: *Conciencia histórica y tiempo histórico*, Quito, P.U.C.E., 1978.  
— Agoglia, Rodolfo: "Cultura nacional y filosofía de la historia en América Latina" en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* N°13, Buenos Aires, 1988.

<sup>5</sup> Roig, Arturo Andrés: *op. cit.*  
— Salazar Bondy, Augusto: *¿Existe una filosofía en nuestra América?*, México, Siglo XXI, 1969.

la puesta en cuestión de estas categorías basales del pensamiento científico y de la epistemología moderna es indisoluble de la crisis del proyecto de la modernidad. Aunque la cadena de mediaciones a recorrer sea sumamente larga e intrincada, no cabe duda de que gran parte de lo más rico que podemos encontrar en la crítica que la postmodernidad le hace a la modernidad está ligada tanto al cuestionamiento de sus proyectos políticos y sociales cuanto a los supuestos epistemológicos e ideológicos a los que estos estaban implacablemente unidos<sup>6</sup>.

Tomando esta perspectiva, en el desarrollo conceptual de Thomas Hobbes resalta el objetivo de dar legitimidad a la monarquía absoluta sobre bases no teológicas, para una Inglaterra que a mediados del siglo XVII buscaba superar sus conflictos dinásticos y lanzar una ofensiva contra el Imperio Español, cuestionando a la autoridad religiosa que avalaba el Tratado de Tordesillas y, en el nombre de Dios, ponía obstáculos a su sed colonial. Décadas más tarde, la Revolución Gloriosa va a encontrar en la obra de John Locke los fundamentos de la monarquía parlamentaria donde, bajo una forma filosófica fundacional que apela a la naturaleza humana originaria, al modo de constitución de las sociedades, a sus modelos organizativos o al carácter del poder federativo y de la guerra justa, es posible encontrar los lineamientos de la nueva era política abierta con el arribo al poder de Guillermo de Orange.

El potencial alcanzado por Inglaterra desde mediados del siglo XVIII y su óptima preparación para competir por el dominio del mercado mundial en proceso de consolidación, así como la reformulación del poder interno que produce el crecimiento de las nuevas burguesías comerciales e industriales, están en la base de las propuestas científicas del liberalismo económico de Adam Smith y David Ricardo. De la misma manera, en la brillante sistematización teórica hegeliana subyace el problema de la conformación de un Estado fuerte capaz de orientar las tendencias de la sociedad civil hacia la construcción de la unidad de los principados alemanes luego de la traumática experiencia de la invasión napoleónica. Una invasión que también ha de influir sustancialmente en distintas vertientes del romanticismo alemán y en pensadores como Fichte o Clausewitz.

La ciencia en Carlos Marx —que sintetiza críticamente los apor-

<sup>6</sup> Piscitelli, Alejandro: "Postmodernidad e identidad latinoamericana" en *Cuadernos de la Comuna* N°10, Santa Fe, Municipalidad de Puerto Gral. San Martín, 1988.

— Harvey, David: *The Condition of Postmodernity*, USA, Blackwell Inc. Cambridge, 1991.

tes de la filosofía, la política y la economía elaborados por los intelectuales orgánicos del ascenso burgués en Europa— constituye el sustento teórico de una política que intenta develar el horizonte del proletariado europeo, elegido para forjar la verdadera historia humana. Con las características propias de los diferentes tiempos y lugares históricos, este objetivo fundamenta los aportes de Lenin, Rosa Luxemburgo o Antonio Gramsci. El debate sobre el futuro de Alemania en las décadas que corren entre 1890 y 1920 es alimentado por todas y cada una de las categorías aparentemente formales y neutralmente valorativas de Max Weber; en tanto la búsqueda de nuevas formas de equilibrio e integración social para reencauzar la vertiginosa historia de Francia en los cien años que siguen a la Revolución, impregna las formulaciones teóricas de Emile Durkheim. Tales condicionamientos políticos, que pueden detectarse en los más diversos autores y teorías de las ciencias humanas no se refieren sólo al “contexto del descubrimiento”, ni se ligan con aspectos parciales de la “sociología del conocimiento” o de una historia social de las ideas. La definición y concatenación misma de las categorías conceptuales están contaminadas por objetivos políticos globales y desde su óptica peculiar influyen en los grandes enfrentamientos procesados durante el transcurso de la historia.

Para analizar de este modo las corrientes del pensamiento académico-político, es preciso adoptar un punto de vista integral, un marco abarcador entendido tanto en términos teóricos como históricos. La mirada crítica incluye necesariamente una perspectiva englobadora, trasciende las supuestas fronteras entre las distintas disciplinas científicas, ramas o subramas de las ciencias sociales y la filosofía, y se entremezcla con los espacios culturales más amplios, con el mundo de lo político y de los comportamientos colectivos, con la interpretación de los principales hechos de la historia. En tal sentido, no puede limitarse a la discusión de conceptos aislados, de ideas parciales, de fenómenos acotados, dado que sólo en el marco de una visión de conjunto esos conceptos, ideas o fenómenos adquieren una significación más acabada, una verdadera coherencia, un sentido más riguroso y consistente.

Las sucesivas particiones del conocimiento social, que en las últimas cuatro o cinco décadas dieron lugar a una profusión de “ciencias” parciales, son hijas de una de las versiones dominantes en las ciencias sociales. Principalmente el liberal-funcionalismo formula el requisito de establecer compartimientos estancos, divisiones del saber susceptibles de desarrollos autárquicos, sin considerar la vertebración de cada una de esas particularidades con los otros fenómenos que, en muchos casos, inciden de manera decisiva sobre el específico problema en estudio.

A partir de la segunda postguerra, el liberal-funcionalismo —tal vez una de las vertientes más empobrecedoras de Max Weber, a cuya concepción se le elimina la historia, la política y la filosofía para cosificarla en un anodino sistema de acción social— fue el promotor de la “departamentalización” de los estudios académicos, pretendiendo elevar al plano de ciencias autárquicas a las diferentes subramas que abordan problemas sectoriales del acontecer histórico y social como la sociología, las ciencias políticas, la psicología social o las ciencias de la comunicación, diferenciándolas tajantemente de la historia, la economía, la filosofía o la antropología.

No obstante, estos planteos de especialización científica y el establecimiento de severos límites entre las distintas disciplinas, considerados como garantía de la rigurosidad y la objetividad del saber, fueron incapaces de impedir que las principales corrientes teóricas se hicieran presentes en sus respectivos programas de estudio —Marx, Gramsci o Weber, por citar sólo algunos— de manera tal que aquéllo que se pretendía diferenciar “verticalmente” en supuestas ciencias autónomas vuelve de hecho a articularse “horizontalmente” en función de las distintas concepciones que dan cuenta, desde una visión integral, de la problemática socio-histórica. Lo cual no supone negar la legitimidad de las investigaciones sobre aspectos parciales, relativamente autónomos, con dinámicas propias de desarrollo, susceptibles de ser estudiados analíticamente como factores con cierta independencia, tal como son encarados por los estudios económicos, la historia del desarrollo tecnológico, la estrategia militar, los procesos políticos, las comunicaciones, los aspectos vinculados con el Estado y la administración, los movimientos sociales, la demografía, el sindicalismo, los regímenes de gobierno, las políticas económicas o las culturas indianas. Pero algo muy distinto es el planteo que ignora en forma sistemática la vertebración de estas particularidades con los marcos abarcadores dentro de los cuales adquieren su significado más cabal; o pretender que existe una única forma “científica” y “objetiva” de interpretar cada uno de estos procesos<sup>7</sup>.

El análisis crítico de las corrientes de pensamiento desde una óptica global, “transdisciplinaria”, susceptible de dar cuenta de la incorporación de los fenómenos sociales dentro de las coordenadas que trazan las grandes líneas interpretativas, se conjuga con el requisito de abordar los fenómenos sociales e históricos desde una determinada idea de totalidad. En rasgos muy generales, entendemos por totalidad una mirada que no sólo contemple en sus principales tendencias los factores y contradicciones que juegan en una sociedad

<sup>7</sup> Zea, Leopoldo: *Latinoamérica, Tercer Mundo*, México, Extemporáneos, 1977.

determinada sino, además, la articulación de estos procesos en su relación con otras sociedades, con la dinámica internacional en un momento histórico dado<sup>8</sup>. No se trata de reivindicar entonces una idea de *totalidad* cerrada sobre sí misma ni de ignorar la obvia dificultad de incluir *todos* los factores que intervienen en los procesos históricos y sociales. La noción de *totalidad* que utilizamos pretende recuperar una visión comprensiva, abierta y dinámica, que cuestione las interpretaciones parcializadas y permita incluir lo excluido, señalar los silencios. Una idea de *totalidad* que reconoce la riqueza y complejidad del desarrollo de las sociedades y plantea la elaboración de hipótesis, diagnósticos o supuestos acerca de las tendencias fundamentales que actúan en los fenómenos sociales, sin caer en un generalismo abstracto o en negar la relativa autonomía con que puede encararse el conocimiento y la investigación de aspectos específicos.

Uno de los instrumentos más típicos de distorsión y encubrimiento de las realidades sociales ha sido el aislamiento de los hechos particulares, eludiendo su articulación con contextos más amplios o la inclusión de otros elementos que muchas veces tienden a reformular drásticamente el diagnóstico de una situación dada. No casualmente las vertientes de origen liberal son las que más enfatizan la parcialización en el análisis de los problemas históricos, políticos y sociales, negando la posibilidad científica de abordarlos desde una perspectiva de conjunto. Las verdades a medias, los cautos silencios, acompañaron el desarrollo histórico del liberalismo, tanto en la matriz de la filosofía jurídico-política —con sus hombres libres, iguales y propietarios, organizados socialmente a través de un contrato— como en la versión de la economía política, que prefiere a ver a las sociedades cual fruto de la sabia e invisible mano del mercado, capaz de transformar en un bienestar general el comportamiento egoísta de los hombres que procuran su lucro individual. Tales metáforas conformaron un instrumental ideológico contundente en la desintegración del mundo feudal europeo y se fueron enriqueciendo al ritmo de desarrollo de las nuevas técnicas aplicadas a la industria, al transporte y a las comunicaciones; acompañando los procesos de expansión colonial, fundamentando la legitimidad de un destino manifiesto para civilizar al mundo, para incorporarlo al progreso de las artes y de las ciencias, de la iniciativa privada, de la acumulación del capital. A lo largo de los siglos XVIII y XIX las ideas liberales asentarían su predominio en Europa y América del Norte, dando origen a las llamadas Revoluciones Democráticas, aportando a la

<sup>8</sup> Argumedo, Alcira: *Los laberintos de la crisis (América Latina: poder transnacional y comunicaciones)*, Buenos Aires, Puntosur/ILET, 1987.

construcción de una nueva era de libertad e igualdad y al despliegue del proyecto de la modernidad formulado por los filósofos del Iluminismo.

Sin embargo, esta es sólo *una parte* del relato. La primera gran revolución democrática liberal instaurada en los Estados Unidos, incorpora la teoría revolucionaria que impulsa Thomas Jefferson, autor intelectual de la Declaración de la Independencia. Como es sabido, la Declaración establecía las bases de una sociedad democrática, republicana, independiente, federativa, igualitaria, regida por la elección de representantes y las libertades individuales; pero los hombres y mujeres negros seguían siendo esclavos. Esta *otra parte* del relato simplemente no se menciona, ni en esa Declaración ni en la posterior Constitución que iba a regir los destinos de la gran nación del Norte. Ejemplo democrático en el cual los postulados liberales convivieron durante casi un siglo con la presencia aberrante de la esclavitud para millones de seres humanos de esa misma sociedad. Silencios repetidos en las más diversas experiencias de conformación de los gobiernos liberales de las naciones europeas. Desde las monarquías parlamentarias a las repúblicas, la lógica del pensamiento liberal tuvo la misma constante: iguales, libres y propietarios, los blancos<sup>9</sup>. Los hindúes, vietnamitas, argelinos, chinos o negros —que no eran verdaderamente humanos— sólo podían aspirar al privilegio de ser civilizados por el dominio blanco, transformándose en pueblos “deudores” y pagando los costos correspondientes. Una visión contundente del mundo que subyace al pensamiento académico y político europeo; que absorben fascinadas las oligarquías y ciertas élites ilustradas de América Latina; que condena al ostracismo a los pueblos de ultramar.

Para nosotros, esta doble perspectiva integral —por una parte, con referencia a las grandes concepciones teóricas y por otra en lo relativo a la interpretación de los procesos históricos y sociales— constituye un punto de partida para aproximarnos a los nudos cruciales de la polémica en el seno de la filosofía y las ciencias sociales y su relación con los proyectos estratégicos que se formulan para afrontar una nueva época mundial. Desde una visión popular latinoamericana, la confrontación política de los años ochenta y noventa en Occidente, donde se hacen presentes los neoliberales, los neoconservadores, los postmarxistas, los modernizantes o los postmodernos; las nuevas tendencias políticas e ideológicas que comienzan a procesarse en las

<sup>9</sup> Hinkelammert, Franz: “Frente a la cultura de la postmodernidad: proyecto político y utopía”, en *David y Goliath* N°52, Buenos Aires, CLACSO, septiembre 1978.

— Beard, Charles; Beard, Mary: *Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1962.

naciones del Este; los interrogantes acerca del futuro de América Latina; obligan a insertar la discusión teórico-política en el contexto de las agudas transformaciones que se están produciendo en la arena mundial, como consecuencia del reordenamiento de los ejes del poder y el acelerado despliegue de la Revolución Científico Técnica<sup>10</sup>.

Imponen el requisito de enfrentar el debate con herramientas capaces de detectar las claves teóricas más sustantivas; las connotaciones e interrogantes de los distintos ejes de interpretación; las lógicas internas, los puntos de continuidad o ruptura y las formas de actualización de las diversas teorías. Herramientas conceptuales dirigidas a establecer lineamientos de análisis que vayan más allá de los acuerdos insospechados, la profusión de matices, las renovadas lecturas de las fuentes, las lacerantes críticas de antiguas identidades, la muerte de las utopías y los grandes relatos, el fin de los sujetos colectivos, el anacronismo de los consensos, la reivindicación de las subjetividades y otras formulaciones que expone el debate predominante en Occidente, signado en su conjunto por la impronta del silencio acerca de los costos sociales y nacionales de las nuevas sendas de la modernización.

Como intentaremos ver más adelante, existen sin duda significativas diferencias entre el neoconservador Daniel Bell, el neoliberal Von Hayek o el postmoderno Lyotard. Pero coinciden demasiado en su desprecio hacia las formas del consenso y en la afirmación de un individualismo más o menos egoísta; precisamente cuando la "ingobernabilidad" de las democracias ante demandas sociales que no han de ser satisfechas en la lógica impuesta por un poder económico y financiero cada vez más concentrado, constituye una grave preocupación de los sectores dominantes en los países centrales. Los postmarxistas y los modernizantes no parecen avanzar mucho más allá del sistema elaborado por Weber y restringen sus propuestas a un neo-contractualismo abstracto, que elude las relaciones de poder y la polarización creciente en la distribución de los recursos en detrimento de las mayorías sociales y las naciones periféricas. Los juegos del lenguaje y los intercambios simbólicos tienden a dejar la realidad tal cual es y no hablan de los actores excluidos del juego. Podemos preguntarnos entonces hasta dónde, una vez más, el debate del Norte occidental incluye sólo una parte del relato. En la otra parte, América Latina padece las presiones del endeudamiento externo y el comportamiento de los grupos locales de poder económico-financiero que, en una acción articulada con la banca y las corporaciones transnacionales —y al margen de sus eventuales contradicciones se-

<sup>10</sup> Argumedo, Alcira: *Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica*, Buenos Aires, Puntosur/ILET, 1987.

cundarias— actúan con una implacable voracidad sobre los recursos nacionales; desgajando a nuestras sociedades entre un bloque social concentrado, excluyente y pretendidamente modernizante y amplias capas de la población que se van empobreciendo día a día, mientras crece en niveles alarmantes el desempleo y la marginalidad con sus secuelas de desesperación.

Por lo tanto, planteamos un concepto de *totalidad* que, sin caer en totalizaciones reduccionistas, sea capaz de develar los silencios de las corrientes hegemónicas en las ciencias sociales y de hacer emerger las voces de otros protagonistas de la historia<sup>11</sup>. Se trata de incorporar los datos de la realidad dentro de un marco comprensivo, para evaluar críticamente esas versiones que, al considerar sólo una parte de los procesos históricos, al desarticular los fenómenos sociales en múltiples espacios sin relación entre sí, al seleccionar unos rasgos y eludir otros, al jerarquizar los saberes parcializados, pretenden imponer una versión "científica" del relato de la historia que ve sólo el rostro del progreso y no el del espanto, que habla de una *actualidad* y de un *nosotros* de selectos e ignora o desprecia a ese *otro* que integran las masas populares de América Latina<sup>12</sup>.

La estrecha relación de las corrientes teóricas con determinados proyectos político-históricos, indican a su vez una articulación más o menos mediatizada entre las ciencias humanas y los patrimonios culturales y experiencias vitales de diferentes capas sociales y áreas geográficas. En tanto modos de percibir el mundo de distintos sectores de un país o región dados, tales patrimonios y experiencias conforman el sustento para la constitución de las "voluntades colectivas" sobre las cuales se erigen y consolidan los proyectos de sociedad. En tal sentido, las formulaciones teóricas —al margen de los conceptos y metodologías planteados, del carácter fundacional o perecedero de los aportes conceptuales, del menor o mayor alcance de su influencia— están inmersas en contextos culturales, son expresión de épocas históricas particulares y se vertebran con las mentalidades predominantes en diferentes capas de la población de un país. Mentalidades y sentido común entendidos como la incorporación socializada de patrones culturales que actúan —con sus espacios de opacidad y sus contradicciones— como referentes de la vida cotidiana y base para la construcción de los consensos políticos<sup>13</sup>. Así, los límites entre las distintas formas del conocimiento, entre los diversos modos

<sup>11</sup> Roig, Arturo Andrés: *op. cit.*

— Piscitelli, Alejandro: *op. cit.*

<sup>12</sup> Todorov, Tzvetan: *La conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987.

<sup>13</sup> Perón, Juan D.: *El modelo argentino*, Buenos Aires, Pueblo Entero, 1980.

de percepción de la realidad, se hacen más difusos. Tienden a romperse esquemas rígidos que pretenden reivindicar la racionalidad y la posesión de la verdad para la ciencia, despojando de toda capacidad de saber a las expresiones de lo popular. Y de la misma manera que se diluyen las divisiones estancas entre conocimiento sistemático y sentido común, entre ciencia y saber popular, tienden a desestructurarse también las versiones elitistas, las soberbias iluminadas, las distancias entre las fracciones intelectuales y el "pueblo-nación"<sup>14</sup>.

La existencia de "trincheras" en el seno de la sociedad civil — verdaderas reservas estratégicas de una concepción del mundo despararramada en la conciencia de las clases subordinadas— fue brillantemente percibida por Antonio Gramsci luego de la derrota de los levantamientos de 1919 a 1921. Cuando la magnitud del fracaso y el dolor de la cárcel lo obligan a replantearse las preguntas acerca de los límites y falencias de sus propuestas, Gramsci hará el intento más lúcido de rompimiento con las rígidas determinaciones del marxismo en lo referido a los procesos de desarrollo de la conciencia social<sup>15</sup>. Va a buscar en las complejidades culturales los caminos de elaboración de una reforma intelectual y moral que difícilmente podía ser impuesta "desde afuera". Pensando desde Italia y desde Europa, formula fértiles interrogantes acerca de la articulación entre sentido común, política y filosofía superior, que abren al pensamiento social caminos más fructíferos que las divisiones entre "el sabio" y "el político". Esa drástica separación entre ciencia y política, que la inteligencia y la pasión impidieron alcanzar al propio Weber, cuya producción intelectual está decididamente impregnada de la cultura y la política alemana de su tiempo.

— Biale Massé, Juan: *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora de Adolfo Grau, 1904.

— Stavenhagen, Adolfo: "La cultura popular y la creación intelectual" en Colombres, Adolfo (compilador): *La cultura popular*, México, Premio/La red de Jonás, 1987.

— Durán, Leonel: "Cultura popular y mentalidades populares" en *idem*.

— Bonfill Batalla, Guillermo: "Lo propio y lo ajeno (una aproximación al problema del control cultural)" en *La cultura popular*, *idem*.

<sup>14</sup> Arico, José: *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

— Foucault, Michel: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979.

<sup>15</sup> Gramsci, Antonio: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Lautaro, 1958.

— Gramsci, Antonio: *Literatura y vida nacional*, Buenos Aires, Lautaro, 1961.

— Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962.

<sup>16</sup> Olsson, Gunnar: "Notas sobre el pensamiento nacional" en *Antropología Tercer*

## 2. EL CONCEPTO DE MATRICES DE PENSAMIENTO

A los fines de nuestro trabajo, denominamos *matriz teórico-política* a la articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos, que conforman la trama lógico-conceptual básica y establecen los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento. Dentro de las coordinadas impuestas por esa articulación conceptual fundante se procesan las distintas *vertientes* internas como expresiones o modos particulares de desarrollo teórico. Estas vertientes constituyen ramificaciones de un tronco común y reconocen una misma matriz, no obstante sus múltiples matices, sus características particulares, sus eventuales contradicciones o los grados de refinamiento y actualización alcanzados por cada una de ellas.

Las diversas matrices de pensamiento contienen definiciones acerca de la naturaleza humana; de la constitución de las sociedades, su composición y formas de desarrollo; diferentes interpretaciones de la historia; elementos para la comprensión de los fenómenos del presente y modelos de organización social que marcan los ejes fundamentales de los proyectos políticos hacia el futuro. Asimismo, formulan planteos sobre los sujetos protagónicos del devenir histórico y social; hipótesis referidas a los comportamientos políticos, económicos, sociales y culturales y fundamentos para optar entre valores o intereses en conflicto. Constituyen los marcos más abarcadores que actúan como referencia explícita o implícita, manifiesta o encubierta de las corrientes ideológicas otorgando un "parecido de familia" a las vertientes y actualizaciones que procesan en su seno.

Siguiendo a Gunnar Olsson<sup>16</sup>, la pregunta por la esencia de lo social, por el concepto o la naturaleza de la sociedad, es la base para la construcción de las distintas matrices presentes en las ciencias sociales y en el pensamiento político e ideológico. El punto de partida de una matriz de pensamiento estaría dado entonces por la forma como concibe a lo social. Las afirmaciones referidas al modo en que se constituye la sociedad — las relaciones entre los hombres en un ámbito espacial dado y las relaciones entre sociedades — establecen la matriz teórica que vertebra, en sus principales lineamientos, las concepciones y la actividad política tanto como el pensamiento científico social. El concepto de sociedad conlleva una determinada visión acerca de la naturaleza humana y es el núcleo a partir del cual se estructura el entramado más sustantivo de los esquemas de pensamiento, estableciendo una cierta coherencia interna dentro de la cual adquieren su sentido los distintos conceptos, metodologías de

*Mundo* N°5, Buenos Aires, 1970.

<sup>17</sup> Olsson, Gunnar: *op. cit.*

análisis y relaciones, formulados como líneas de comprensión de los procesos sociales e históricos:

En las ciencias sociales existe un concepto básico que es el de sociedad. En el punto de partida de la investigación estaría determinada la naturaleza de "lo social". El objetivo de la ciencia sería determinar la realidad de lo social, pensar o conocer esa realidad. Definido de esta manera el objeto de la ciencia social quedaría por definir su método. Pero el método debe ser apropiado al objeto, es decir, que la pregunta por la esencia de lo social es previo a la ciencia, en el sentido de que su respuesta ha de ser la base para la constitución de la ciencia. Dicho de otra manera, la constitución de una ciencia social comienza por determinar el concepto o la realidad de "lo social". Se trata de ver, por lo tanto, las distintas concepciones de lo social como el fundamento de las distintas corrientes de las ciencias sociales<sup>17</sup>.

Partiendo de las definiciones básicas sobre el concepto de *sociedad*, se despliegan con una coherencia lógica particular las relaciones entre los diferentes postulados acerca de qué es la ciencia social, cuáles son sus formas de objetividad y conocimiento y los métodos de aproximación a ese objeto de estudio. Se establece la vinculación entre conocimiento científico y concepciones políticas; se desarrollan las afirmaciones fundamentales con referencia a los sujetos y los comportamientos sociales; los criterios para la opción entre valores o intereses contrapuestos; las articulaciones existentes entre las diversas manifestaciones de los procesos socio-históricos (economía, política, cultura, ciencia y tecnología, comunicaciones, etc.) y las hipótesis centrales relativas a su funcionamiento y relaciones mutuas. Esta sistematización conceptual otorga —por encima de las distinciones entre sus vertientes internas— la significación más ajustada a los distintos conceptos: estamentos o clases sociales, la forma y las funciones del Estado, las relaciones del sistema político con la sociedad civil, las hipótesis sobre el carácter y los contenidos de la comunicación social, la construcción de la hegemonía, el consenso o el dominio, las definiciones de la democracia, la justicia, la libertad, la igualdad y otros aspectos que hacen a la formulación de los modelos de sociedad y Estado y a las relaciones entre sociedades. A su vez, tales marcos conceptuales establecen las líneas metodológicas; el "método" de la ciencia que es diferente, en sus aspectos más deci-

<sup>17</sup> Piaget, Jean; García, Rolando: *Psicogénesis e historia de la ciencia*, México, Siglo

sivos, para cada una de las matrices consideradas. Esta perspectiva se asimila a las afirmaciones de Jean Piaget y Rolando García cuando señalan que:

El método científico aparece subordinado a la concepción del mundo y a la naturaleza de los problemas formulados. Es en la concepción del mundo y en la naturaleza de los problemas y no en la metodología, donde se sitúa la diferencia fundamental entre Oresme y Galileo.<sup>18</sup>

La definición de las matrices de pensamiento nos permite detectar las líneas de continuidad o ruptura de los valores, conceptos, enunciados y propuestas pertenecientes a las principales corrientes ideológicas en las ciencias sociales y en el debate político de nuestro tiempo. Ante la transmigración de ideas parciales o la interpenetración de conceptos y valores que se produce necesariamente en el proceso de confrontación teórica y política, es preciso establecer el significado real adquirido por cada uno de ellos en el interior de una matriz dada; ya que los conceptos no actúan aisladamente ni alcanzan un sentido consistente al margen de su inserción en un específico contexto teórico. Lo cual no implica plantear esquemas rígidos, desconociendo los cambios que se están produciendo en el pensamiento contemporáneo, o la evolución de las ideas que pueden ser reconstituidas a través de nuevas síntesis. Sin embargo, los meros juegos de palabras no garantizan verdaderas transformaciones del pensamiento social; y al eludir la vinculación de esas ideas con las tramas conceptuales sustantivas, se corre el riesgo de confundir la mención vacía de determinados conceptos con el sentido profundo que estos adquieren en el marco de las diferentes matrices teórico-políticas.

Las matrices de pensamiento son formas de reelaboración y sistematización conceptual de determinados modos de percibir el mundo, de idearios y aspiraciones que tienen raigambre en procesos históricos y experiencias políticas de amplios contingentes de población y se alimentan de sustratos culturales que exceden los marcos estrictamente científicos o intelectuales. Es por ello que la construcción de las matrices se relaciona estrechamente con lo señalado por José Luis Romero refiriéndose a las ideas de la Ilustración:

En general, las ideas de la Ilustración se elaboraron despaciosamente en Europa a través de múltiples experien-

XXI, 1984.

<sup>19</sup> Romero, José Luis: *op. cit.*



cias que hizo la burguesía durante la Edad Media y a lo largo de un proceso intelectual que fijó la concepción racionalista. Sólo después de tan larga elaboración, el pensamiento burgués y racionalista logró integrarse en un sistema no sólo de gran coherencia sino también de creciente simplicidad. Sin embargo, la síntesis no fue universal... En todos los casos, el sistema arrastraba un conjunto de experiencias reales previas a su elaboración intelectual y un nutrido contexto de supuestos que anunciaban su presencia cualquiera fuera el esfuerzo que se hiciera por ocultarlo...<sup>19</sup>

En este sentido las matrices de pensamiento son expresión de procesos sociales, políticos, económicos y culturales y tienden a incidir con mayor o menor fuerza sobre las realidades y los conflictos nacionales e internacionales. Conforman las bases de fundamentación de proyectos históricos y guardan una fluida continuidad con las manifestaciones de la cultura, con las mentalidades predominantes en distintos estratos de población y en diferentes regiones, reflejando el carácter intrínsecamente polémico del conocimiento social.

### 3. MATRICES Y PARADIGMAS

La idea de *matriz de pensamiento* presenta algunas similitudes y significativas diferencias con el concepto de *paradigma* elaborado por T. S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*. Vinculado fundamentalmente con el estudio histórico de las ciencias exactas y naturales, el *paradigma* hace referencia a "las realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica"<sup>20</sup>, y conlleva teorías, métodos y normas de investigación casi siempre inseparables entre sí. Esta herramienta conceptual es especialmente rica para aproximarse al origen de las controversias existentes en el campo de las ciencias; detectar los momentos de crisis y ruptura de determinados modelos que han sido predominantes en su desarrollo e indicar la emergencia de nuevos lineamientos que transforman rotundamente los marcos en los cuales hasta entonces se habían procesado las investigaciones científicas.

Kuhn señala explícitamente que en su esquema no ha sido considerado el papel que desempeñan el progreso tecnológico o las condiciones externas —sociales, económicas o intelectuales— en la

<sup>20</sup> Kuhn, Thomas: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1983.

<sup>21</sup> Kuhn, Thomas: *op. cit.*

evolución de las ciencias. La propuesta tiende más bien a romper con ciertas ideas acerca del carácter lineal y acumulativo del desarrollo científico, haciendo resaltar los decisivos cambios que se producen en las teorías explicativas, en las formas de percibir los interrogantes y las hipótesis y en los métodos de investigación, a partir de las llamadas "revoluciones científicas". Tales revoluciones dan lugar a transformaciones significativas del mundo en el que se llevaba a cabo el trabajo científico anterior, donde predominaban determinadas normas para el desarrollo de la "ciencia normal", es decir, la práctica investigativa cuyos fundamentos no son puestos en cuestión. Empero, cuando en una ciencia exacta o natural un individuo o grupo produce una nueva síntesis capaz de atraer a la mayoría de los profesionales de la generación siguiente, las escuelas más antiguas desaparecen gradualmente. Se ha producido entonces una "revolución científica" que establece nuevas pautas de investigación y promueve la ciencia normal sobre carriles diferentes, donde vuelven a predominar los temas acotados, los estudios detallados y en profundidad, que van enriqueciendo las líneas trazadas por el nuevo paradigma o reformulando sobre estas bases los interrogantes anteriores; tratando de ajustar y resolver las ambigüedades, de dar respuesta a los enigmas formulados, de precisar con creciente rigurosidad las coordenadas establecidas por el paradigma emergente.

El instrumento elaborado por Kuhn es sugestivo también para orientar ciertas problemáticas de las ciencias sociales, precisamente porque indica que: "es asombroso el número y alcance de los desacuerdos patentes entre los científicos sociales sobre la naturaleza de los problemas y los métodos científicos aceptados"<sup>21</sup>. No cabe duda de que es en este tipo de ciencias donde más se hace presente la influencia de los factores externos: en la convivencia conflictiva "endémica" de diferentes corrientes de pensamiento, se expresa su carácter intrínsecamente político; y las ciencias sociales se manifiestan como parte de un debate más amplio y una confrontación que tiene sus raíces en conflictos "extracientíficos".

De esta manera, un primer punto de diferenciación estaría dado en el hecho de que, mientras el *paradigma* hace referencia específica y restringidamente al campo científico —sin tomar necesariamente en consideración los llamados factores externos— las matrices de pensamiento serían las formas más sistemáticas y analíticas de fundamentación teórica y metodológica de esos factores externos. Uno de los modos de expresión de concepciones culturales abarcadoras y que, por lo tanto, se engarzan con otras formas de expresión —

<sup>22</sup> Piaget, Jean; García, Rolando: *op. cit.*

como la literatura, ciertas manifestaciones artísticas o el sentido común de distintas capas de la población— y con propuestas políticas articuladas como proyectos estratégicos. Un segundo eje de diferenciación nos permitiría establecer que, en tanto el paradigma tiende a enfatar los momentos de crisis y ruptura de los modelos predominantes en las ciencias durante un período dado y su reemplazo por nuevos patrones científicos, las matrices buscan más bien establecer las líneas de continuidad histórica de determinadas corrientes de pensamiento, vinculadas con la recuperación explícita o implícita de concepciones y valores fundantes que se reproducen en las distintas vertientes o actualizaciones desarrolladas a partir de un tronco común.

Para la construcción del concepto de matrices teórico-políticas consideramos especialmente valiosos los aportes que pueden derivarse de los trabajos de Jean Piaget y Rolando García<sup>22</sup>. Aún con el temor de excedernos en la libertad interpretativa de sus investigaciones sobre psicogénesis e historia de las ciencias exactas y naturales, algunas de esas ideas centrales nos permiten formular hipótesis de aproximación al problema de las relaciones entre patrimonios culturales, sentido común, política, filosofía y ciencias sociales. Una primera línea se vincula con el carácter de los mecanismos e instrumentos del conocimiento:

Todo conocimiento, por nuevo que parezca, no es jamás un “hecho primigenio” totalmente independiente de los que lo han precedido. Se llega a un nuevo conocimiento por reorganizaciones, ajustes, correcciones, adjunciones... No se integran sin más al acervo cognoscitivo del sujeto: hace falta un esfuerzo de asimilación y acomodación que condiciona la coherencia interna del propio sujeto, sin el cual éste no se entendería ya a sí mismo... En el caso de los procesos cognoscitivos se agrega otra determinación: la transmisión cultural. Dicho de otra manera, el conocimiento no es nunca un estado, sino un proceso influido por las etapas precedentes de desarrollo... De aquí surge la necesidad del análisis histórico-crítico. El conocimiento científico no es una categoría nueva, fundamentalmente diferente y heterogénea con respecto a las normas del pensamiento precientífico y a los mecanismos inherentes a las conductas instrumentales propias de la inteligencia práctica. Las normas científicas se sitúan en la prolongación de las normas de pensamiento y de prácticas anteriores, pero incorporando dos exigencias nuevas: la coherencia interna

<sup>22</sup> Piaget, Jean; García, Rolando: *idem*.

(del sistema total) y la verificación experimental (para las ciencias no deductivas)<sup>23</sup>.

Esta relación entre las distintas formas del conocimiento y el hecho de que las estructuras a partir de las cuales se asimilan los nuevos elementos cognoscitivos estén fuertemente impregnadas por las influencias sociales y culturales, permitiría suponer que, entre el sentido común —ligado con las normas del pensamiento precientífico y con las pautas que condicionan las conductas instrumentales de la inteligencia práctica— y los proyectos políticos con sus fundamentos teórico-conceptuales —que requieren mayores niveles de sistematización y coherencia interna— existe una continuidad otorgada por los sustratos culturales y los modos diversos de ver el mundo y practicar el conocimiento<sup>24</sup>. Este punto de vista —que permite retomar el análisis de José Luis Romero acerca de la construcción histórica de las ideas de la Ilustración— conlleva la recuperación de un saber, de un conocimiento válido, de una sabiduría propia del sentido común, aún cuando éste se manifieste bajo formas no sistemáticas y con eventuales incoherencias internas. Las matrices de pensamiento serían entonces las sistematizaciones teóricas y las articulaciones conceptuales coherentizadas de esos saberes y mentalidades propios de distintas capas de la población de un país, de los cuales se nutren y a los que, a su vez, les ofrecen modalidades de interpretación tendientes a enriquecer los procesos del conocimiento y el desarrollo del sentido común.

La persistencia de los patrimonios culturales —como acervos colectivos de diversos estratos sociales o identidades nacionales, que constituyen las estructuras primigenias del sentido común, a partir de las cuales se van incorporando las nuevas experiencias, conocimientos e ideas— establece las líneas de continuidad histórica, transmitidas generacionalmente. En ese proceso, los datos de las nuevas realidades vitalizan, reformulan, actualizan y enriquecen los significados, los códigos, símbolos y valores de las memorias sociales, otorgando fluidez a la relación entre las distintas expresiones de una compleja concepción cultural. Es lo que plantea Arturo Andrés Roig con referencia al primer Juan Bautista Alberdi, el de las *Ideas* y el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*:

<sup>24</sup> García Canclini, Néstor: “¿Reconstruir lo popular?” en Seminario sobre *Cultura popular: un balance interdisciplinario*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología, 1988.

<sup>25</sup> Alberdi, Juan Bautista: *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, Buenos Aires,

Junto con la crítica negativa de los “filósofos sociales europeos” consagrados, se produce en Alberdi el rechazo del eclecticismo... Plantea el problema de la naturaleza de la filosofía desde dos ángulos: es entendida como una suerte de saber espontáneo, semejante a aquella “metafísica habitual” de la que hablaba Hegel y que anticipa la problemática de los horizontes de comprensión que caracteriza a las llamadas concepciones del mundo y de la vida. Hay, en efecto, ciertos “principios que residen en la conciencia de nuestras sociedades” que “están dados” y “son conocidos”. Se trata de un saber que surge naturalmente como “razón” y “sentimiento” de una época y de una sociedad, que si bien es, en un primer momento, una especie de saber “precientífico”, se organiza luego como saber de ciencia y determina las modalidades propias u originales de este. De ahí que Alberdi entienda... que su propio discurso filosófico no sea incompatible con otras formas discursivas, de otros grupos humanos colocados en estamentos sociales “populares”<sup>25</sup>.

Al recuperar en esta perspectiva algunos conceptos de Piaget y García, puede considerarse que las matrices de pensamiento son formas de *tematización* de determinadas visiones del mundo que han sido procesadas por las mentalidades sociales. Constituirían una resultante del pasaje desde el uso o aplicación implícita de una noción particular, que ya ha sido utilizada en numerosos casos prácticos, hacia la reflexión que permite su utilización consciente, una conceptualización de esas nociones. La *tematización* requiere mayores niveles de organización y refinamiento de ideas que han guiado el comportamiento práctico; pero ello no implica que una menor *tematización* acerca de los fundamentos teórico-conceptuales lleve necesariamente a un pragmatismo ciego. La praxis política y las experiencias vitales conllevan interpretaciones implícitas, derivadas de marcos culturales e históricos que otorgan significados y orientaciones a ese accionar, actuando como estructuras cognoscitivas básicas susceptibles de un mayor enriquecimiento. Así, la actividad práctica se desarrolla en situaciones generadas por un entorno sociocultural que le da sentido e influye en las “estructuras lógicas fundamentales” a partir de las

El Ateneo, 1968.

— Roig, Arturo Andrés: *op. cit.*

— Martínez, Armando: “La cuestión americana en la perspectiva de una filosofía contemporánea” en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* N°13, Buenos Aires, 1988.

<sup>25</sup> Piaget, Jean; García, Rolando: *op. cit.*

cuales se articulan las respuestas. A su vez, tales respuestas se reorganizan, se corrigen o se ajustan mediante nuevas experiencias o mayores niveles de *tematización*:

Nuestra tesis será (por el momento, para los adultos) que un sujeto enfrenta al mundo de la experiencia con un arsenal de instrumentos cognoscitivos que le permiten asimilar, por consiguiente interpretar, los datos que recibe de los objetos circundantes, pero también asimilar la información que le es transmitida por la sociedad en la cual está inmerso. Esta última información se refiere a objetos y a situaciones ya interpretadas por dicha sociedad... A partir de la adolescencia, cuando se han desarrollado las estructuras lógicas fundamentales que habrán de constituir los instrumentos básicos de su desarrollo cognoscitivo posterior, el sujeto dispone ya, además de dichos instrumentos, de una concepción del mundo (*Weltanschauung*) que condiciona la asimilación ulterior de cualquier experiencia. Esta concepción del mundo actúa a diferentes niveles y de diferente manera en cada nivel.<sup>26</sup>

Dada esta dinámica, en el campo de las ciencias sociales — mucho más marcadamente tal vez que en el de las ciencias físico-naturales— los factores externos tienen una influencia decisiva en el desarrollo conceptual. El contexto cultural de distintos estratos sociales o espacios regionales no puede ser eludido en la sistematización teórica que, a su vez, incide con distinta intensidad en los procesos históricos y políticos de carácter extracientífico. Por ello, la perspectiva nacional y popular latinoamericana de la filosofía y las ciencias sociales recupera como punto de partida la presencia contundente de las visiones del mundo, de los saberes, valores, memorias y experiencias de las capas populares del continente. Se desarrolla a partir de esas *otras ideas* de América Latina ignoradas o despreciadas por las vertientes hegemónicas en los ámbitos académicos.

#### 4. MATRICES Y “EPISTEMES”

No obstante las dificultades para aprehender el concepto de *episteme* utilizado por Foucault<sup>27</sup> —esas estructuras profundas, subyacentes, que delimitan al campo más amplio del conocimiento y la

— Ribeiro, David: “O Povo Latino-americano” en *Carta: falas, reflexões, memórias* N°2, Brasilia, 1991.

<sup>27</sup> Foucault, Michel: *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1986.

<sup>28</sup> Romero, José Luis: *op. cit.*

percepción en una época histórica determinada —es válido interrogarnos acerca de las relaciones del concepto de *matrices* con esa idea. Foucault señala que en la *episteme* no interesan las eventuales conexiones internas que obedezcan a una especie de armonía prestablecida; importa, sobre todo, remarcar las discontinuidades, las rupturas, la dispersión que caracteriza al campo epistemológico predominante en un período de la historia. Indica expresamente que no es posible establecer líneas de continuidad o progreso histórico dentro de una *episteme* ni puede hablarse de una historia de *epistemes*, porque no se trata de una historia global ni de una historia de las ideas, en tanto no existe continuidad entre una y otra *episteme*. Fenómeno subterráneo, inconsciente, que establece el “lugar” donde los hombres están instalados y desde el cual se conoce y actúa. Una disposición general que carece de reglas estructurales, que se diferencia de una concepción del mundo y a la cual sólo puede accederse por la arqueología para detectar claves, pasadizos, dispersiones, incógnitas de difícil resolución.

A partir de estas nociones, consideramos posible afirmar que, en el marco de una misma *episteme*, pueden convivir distintas concepciones o *matrices de pensamiento*. De hecho, si se toma como referencia la “*episteme moderna*” —que, para Foucault, abre a comienzos del siglo XIX los umbrales de la modernidad europea y de la cual forman parte las ciencias humanas— ésta contiene en su seno, entre otras, las tres principales matrices del pensamiento occidental predominantes, con sus crisis y actualizaciones, en las ciencias sociales y en la realidad política contemporánea: la matriz del liberalismo económico, la matriz derivada de la filosofía jurídico-política liberal y la que estructura el marxismo.

Las profundas contradicciones y antagonismos que signaron la política europea desde la primera mitad del siglo pasado se fueron articulando básicamente alrededor de esas matrices en tanto las expresiones más representativas en los espacios sociales, políticos y culturales y en la evolución de las ciencias humanas, enriquecidas por las múltiples vertientes que se procesaron a partir de cada uno de los troncos principales. A través de diversas influencias, reformulaciones, líneas de contacto y ruptura con las corrientes del romanticismo, las peculiaridades nacionales o la recuperación crítica de aportes parciales, tales *matrices* se consolidaron como los modos más contundentes de vertebración de las mentalidades en Europa, acompañando los procesos de formación de las naciones y del mercado mundial. Las confrontaciones ideológicas se fueron desarrollando en el marco de un distanciamiento creciente respecto de las influencias teológicas, pero conservaron algunas premisas que parecían no discutirse a pesar de los tormentosos procesos de cambio que

atravesara el mundo europeo: la confianza en el progreso indefinido de la historia humana y en la supremacía de la Razón; la autodefinición del pensamiento occidental, con sus raíces en la antigua Grecia, como la única línea legítima y superior del conocimiento humano.

Cabría preguntarse en este punto hasta dónde la supremacía de la Razón —que desplaza el predominio religioso en Europa— no mantiene, sin embargo, una *continuidad valorativa* más profunda aún que las propias *epistemes*; que recorre el conjunto del pensamiento europeo desde finales del siglo XV, cuando la historia comienza a transformarse en historia universal. Un hilo de Ariadna unificante de las sucesivas *epistemes* que predominaron desde entonces en el viejo continente, alrededor de esa idea que define a Europa como la única propietaria, indiscutida y legítima, de la religión, del conocimiento, la Razón, la Ciencia y por lo tanto, la Verdad. Esa idea que, al margen de las disputas por las hegemonías nacionales o sociales, designa a los europeos como artífices de la humanización de la humanidad, legitimados para utilizar los medios de la conquista y la colonización que tan magna tarea requería. Una idea cuya contracara es el desprecio por las culturas de ultramar —formas primitivas, arcaicas, pre-rationales de lo humano— y que, de la misma manera que se apropiara por la violencia de las tierras y los cuerpos de los pueblos periféricos, dejó para sí también el privilegio de la palabra, el relato de la historia, el derecho a la voz. Como señala José Luis Romero:

La palabra cristianismo representaba, por cierto, no tanto una religión como una cultura. Esta idea adquirió su mayor vigor en España y fue la que inspiró la actitud de los conquistadores. En grado distinto inspiró la actitud de Portugal o Inglaterra. Y fue esa idea la que justificó la conquista y la colonización. Las poblaciones indígenas americanas fueron equiparadas a los turcos que amenazaban a Europa y comprometían no sólo la posesión del suelo sino también la cultura europea de signo cristiano. La conquista fue una guerra de culturas, esto es, una guerra sin cuartel en la que la victoria significaba el aniquilamiento del vencido o, al menos, la sumisión incondicional... Esa imagen que los europeos se hicieron de América correspondía a la que, en las guerras de cultura, se habían hecho los europeos de Europa misma. Europa era, en última instancia, el nuevo pueblo elegido, el poseedor de la verdad, el destinatario de la revelación, esto es, el depositario de la cultura superior...<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Pomer, León: “¿Qué celebrar?” en *Dossier Página 12*, 9 de octubre de 1988.

Así, desde esa Edad Moderna iniciada al promediar el siglo XV, las cosmovisiones que se sucedieron en la hegemonía cultural de Occidente tendieron a autoconcebirse como integrantes de la expresión verdadera, exclusiva, del pensamiento humano. La superioridad europea —tanto bajo sus formas religiosas como más tarde bajo el Iluminismo y la Razón, la civilización y el progreso, la modernización o el desarrollo— relegaría a la categoría de residuos de la historia, de expresiones primitivas, de manifestaciones de la barbarie, a los pueblos que integraban las vastas regiones sometidas a su dominio imperial. Es lo que reiteran diversos escritos, interrogándose sobre el verdadero significado del “encuentro” entre Europa y nuestras tierras:

Durante siglos Europa había preparado a gran parte de sus hijos para ser dominadores de otros pueblos, para hacerlo desde una certeza: la superioridad de lo propio. Las conciencias habían sido largamente trabajadas. Primero fue la recuperación del Santo Sepulcro en manos de los infieles; luego las guerras contra árabes y turcos. Para defenderse de los enemigos peligrosos que profesaban otras religiones, hablaban otras lenguas y ejercían otras modalidades de vida, los grupos dominantes de Europa habían machacado: la propia fe es la verdadera, la propia razón era la razón humana por excelencia... Prácticas, actitudes, visiones e imaginaciones eran algo más que exclusivo patrimonio de españoles y portugueses. Están ahí los conquistadores holandeses, ingleses y franceses para corroborarlo...<sup>29</sup>

Todavía en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, esta posición predominaba en el seno de la filosofía europea. Entre otros, Edmund Husserl consideraba que, frente a la crisis de la ciencia como expresión de una crisis integral de la cultura, los filósofos —funcionarios de la humanidad— debían encontrar el sentido de una humanidad auténtica, una radical autocomprensión, porque:

Solamente con ello se resolvería si la humanidad europea es portadora en sí de una idea absoluta y no de un mero tipo antropológico empírico como “China” o “India”; y a la vez, si el cuadro de europeización de todas las humanidades extranjeas revela en sí el imperio de un sentido absoluto,

<sup>29</sup> Husserl, Edmund: “La Filosofía en la crisis de la humanidad europea”, Viena, mayo

perteneciente al sentido del mundo, y no un sin sentido histórico del mismo<sup>30</sup>.

Una *transepisteme* entonces que hunde sus raíces en las vetas discriminatorias del pensamiento platónico y en las formulaciones de Aristóteles sobre los bárbaros. Que se extiende hacia el presente penetrando las visiones contemporáneas en múltiples aspectos, legitimando silencios, negando en última instancia el reconocimiento de la historicidad de estas regiones; que impregna el pensamiento de las clases dominantes y de una parte significativa de las élites ilustradas de América Latina:

Una exigencia de reconocer la historicidad de todo hombre es equivalente al reconocimiento de que todo ser humano posee voz. En consecuencia, la distinción entre “hombres históricos” y “hombres naturales”, entre un ser parlante y otro mudo, entre un individuo capaz de discurso y otro impotente para el mismo no puede ser más que ideológica... El problema que señalamos no es una cuestión del pasado, dio la tónica a toda una época de nuestra modernidad, en particular la que culminó en el siglo XIX, el gran siglo de la Europa colonizadora, pero se ha seguido repitiendo bajo otras formas a las cuales no podían ser ajenas las sociedades latinoamericanas<sup>31</sup>.

Si, tal como lo corroboran diversos autores latinoamericanos, es posible detectar como una constante del pensamiento europeo de los últimos cinco siglos esa idea más profunda que las propias *epistemes* acerca de la superioridad occidental. De la incuestionada primacía de sus idearios en tanto las únicas formas válidas, como la culminación de las expresiones de lo humano; debemos interrogarnos acerca de las características de la *otra episteme* que se constituye en nuestro continente luego de la conquista. De esas *otras ideas* existentes en América Latina, que se van conformando a partir de la experiencia traumática del dominio occidental. Las que se procesan desde esas culturas acosadas; las que hundiendo sus raíces en los ancestros pre-

de 1935.

— Casalla, Mario: “La comprensión husserliana de dicha ‘idea de Europa’”, en *Revista de Filosofía Latinoamericana* N°1, Buenos Aires, 1975.

— Rinesi, Eduardo: “Problemática y febril”, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, 1987 (mimeo).

<sup>31</sup> Roig, Arturo Andrés: *op. cit.*

colombinos y en los acervos de la esclavitud negra, también muestran su permanencia, mestizadas y enriquecidas, a través de estos cinco siglos, a pesar del hostigamiento y las derrotas. Las que emergen en grandes movilizaciones de masas, en movimientos reivindicativos de la dignidad y las identidades populares. Se trata de ver cuál es el potencial teórico, las concepciones autónomas inmersas en esos códigos ignorados, los significantes que expresan esas voces silenciadas.

### III

#### LAS MATRICES DE PENSAMIENTO EN EL MUNDO CENTRAL

La caracterización de las matrices liberales y del marxismo en sus rasgos más gruesos, intenta detectar determinados núcleos conceptuales del debate desarrollado en los países del Norte que, de una u otra forma, tienen influencia en las definiciones políticas e ideológicas de América Latina. En este sentido, antes que un exhaustivo análisis de las distintas vertientes, susceptible de captar los matices y las distinciones sutiles, nos interesa remarcar aquellas vertebraciones teóricas que dan cuenta de las líneas de continuidad y los puntos de confluencia entre las matrices fundantes y las actualizaciones que en el presente inciden en la formulación de las diferentes propuestas políticas, a fin de contrastarlas con esas *otras ideas* procesadas en los espacios populares del continente.

##### 1. EL LIBERALISMO POLÍTICO Y EL LIBERALISMO ECONÓMICO

Como concepto científico de lo social, la idea de *sociedad* es desarrollada en la Edad Moderna europea por los pensadores clásicos de las burguesías inglesa y francesa. En grandes líneas, este desarrollo adopta dos formas principales: por un lado, *la filosofía jurídico-política*, donde la sociedad se constituye a partir de un contrato o un pacto voluntario entre los individuos racionales que la componen. Esta versión de la filosofía política, que sustenta su desarrollo teórico en la idea del *contrato social*, va a formular, sucesivamente, dos conceptos diferentes de Estado que, a su vez, se basan en sendas visiones acerca de la *naturaleza humana* originaria: la teoría del estado absoluto y la teoría del estado representativo o liberal.

La primera tiene su más destacado representante en Thomas Hobbes, para quien la sociedad se constituye ante la necesidad de superar el estado natural caracterizado por "una guerra de todos contra todos". Dicha guerra está movida por un perpetuo e incesante deseo de poder, para garantizar la propia seguridad y supervivencia —